

SOBRE LA CIUDAD Y EL CAMPO

QUERIDO Amando:

Perdóname la confianza del tuteo, y perdóname también esta carta, más puntualizadora que polémica. Soy lector tuyo fijo —fijo y retrasado, a causa de la distancia—, y admiro profundamente tu riqueza estilística, tan arraigada en nuestros clásicos. Compruebo que coincidimos en muchos puntos de vista, hasta en esa inclinación por cierta aristocracia en el estilo de vida, que es medida y difícil señorío. Por eso, quizás, me ha dolido ver tu ataque parcial y despiadado de la ciudad moderna, y tu poética defensa del campo —Bárceña Mayor—, a pesar de tu indicación de que no quieres «reverdecir la diatriba clásica entre campo o ciudad».

Yo estoy de acuerdo contigo en que, hasta cierto punto, «la ciudad de hoy es monstruosa», y en que debemos esforzarnos por encontrar un tipo de urbanismo más a la medida del hombre. Aunque mis dudas comienzan cuando trato de fijar realísticamente esta medida humana. El hombre de hoy es muy distinto del de ayer, y no deja de ser una incógnita cómo será el hombre de mañana. Ciertamente, podemos afirmar que sus necesidades, su horizonte vital, sus mismos valores, serán muy diferentes

que los nuestros. ¿Cómo fijar entonces esa futura medida humana, sin incurrir en «apriorismos» históricos? Pero no quiero insistir más sobre este aspecto, que nos llevaría muy lejos en una consideración histórica-filosófica.

En donde ya no puedo comulgar contigo, es en tu afirmación de que «las desafortadas urbes de hoy ya no son protectoras de nada». Afirmar tal cosa me parece aplicar un patrón estático y demasiado estrecho a una realidad desbordante. No me creas de aquellas personas que miden el progreso de una ciudad por el número de edificios que pasan de veinte pisos, o la densidad del tráfico rodado. Tampoco comparto enteramente el optimismo futurista de un Mac Luhan, excesivamente cibernético. Pero creo que las mismas características urbanas que tú ves bajo un aspecto peyorativo, tienen otra cara, muy distinta y prometedora. Como muestra Harvey Cox en su incitante libro «La ciudad secular», la urbe moderna o «tecnópolis» se puede caracterizar por cuatro rasgos: la anonimidad, la movilidad, el pragmatismo y la profandidad. Tan sólo me fijaré en ese primer rasgo, que tú parece deplorar cuando te quejas de esos «gigantescos bloques de cemento y hie-

rrero, en los que todos son extraños y nadie conoce a nadie». Y, de acuerdo, ese es un aspecto del anonimato urbano. Pero el otro aspecto, el positivo y enriquecedor, es la posibilidad de relaciones auténticas que nos ofrece ese mismo anonimato. Porque si el anonimato nos hace desconocidos frente al hombre de la calle o del supermercado, nos ofrece una inmensa posibilidad liberalizadora: la de poder escoger libremente nuestros amigos íntimos, sin ser forzados a ello por la vecindad o el trabajo en una misma oficina. «Desde esta perspectiva —nos dice Cox—, la urbanización puede ser considerada como una liberación de algunos de los lazos empalagosos de la sociedad preurbana. Es la oportunidad de ser libre. La liberación del hombre urbano de los convencionalismos impuestos hace que le sea necesario elegir por sí mismo. El hecho de ser anónimo para la mayoría de la gente le permite tener un rostro y un nombre para otros». Es decir, el anonimato nos permite defender nuestra vida privada, nuestra intimidad familiar. Como ves, las «desafortadas urbes» también pueden proteger valores preciosos.

Más aún, ¿en base a qué podemos hablar de la «tristísima suerte que soportan

hoy los moradores de las urbes millonarias»? Nunca el hombre, a lo largo de su historia, ha gozado de una gama tan extensa de posibilidades de realización personal como en la ciudad moderna: el colegio y la universidad, la iglesia y el mercado, el estadio polideportivo y la sala de conferencias, las librerías bien surtidas y los hospitales, todo está allá, a su disposición. Por otra parte, sólo la ciudad ofrece al pobre la posibilidad de cambiar su destino y edificar un porvenir más humano —a diferencia del campo, que no hace sino ahondar las diferencias existentes, esclerotizar los estamentos tradicionales.

Pero dejemos la ciudad y vayamos al campo. El campo tiene su aspecto poético, no lo niego; pero su realidad interna es mucho más desoladora (y eso lo sabes tú mejor que yo). Nos cuenta Goytisolo que, en cierta oportunidad, ponderaba él a un humilde campesino la belleza de la tierra andaluza. Por toda respuesta, el campesino se limitó a comentar: «Para nosotros, señor, esta tierra es maldita».

La contemplación poética del campo está muy bien. Lo que ya no está tan bien son esos «diez kilómetros de infernal camino» que rodean al pueblo de Bárceña. ¿Y qué decir de su soledad, de su aislamiento, o de ese «buen montón de casas arruinadas»? Lo siento, Amando, pero yo no puedo contemplar la belleza de un «remoto lugar», donde aún se sigue transportando el heno a lomos de mula, donde el tractor no ha sustituido al arado, sin sentir al mismo tiempo una profunda indignación humana. Yo no puedo bendecir un pueblo que se ha quedado anclado en el siglo XVIII, porque conozco el dolor de sus hombres. Sus hombres, que han emigrado de parajes tan «humanos», para buscar el pan de cada día en las fábricas de Frankfurt o en las minas de Lieja. El campo, ese nuestro campo español vergonzosamente medieval, es hermoso y humano para verlo, no para vivirlo. Y mientras no nos decidamos a dar a nuestros campesinos las mismas ventajas que ofrecen nuestras «monstruosas urbes», tendremos que habituarnos a seguir viendo casas arruinadas («la gente emigra»), y carretas de «rueda céltica», buenas sólo para nuestras consideraciones poéticas.

No quiero abusar de tu paciencia, y por eso voy a poner punto final. Estoy seguro que tú sientes estas cosas, como las siento yo, y como las tiene que sentir todo aquel que se considere hombre. Es posible que los años que me llevas te hagan ver las cosas de una manera distinta, o, si quieres, más matizada que la mía. Por lo demás, creo que —cada uno desde nuestro sitio— participamos de las mismas inquietudes y esperanzas. Porque sólo el que espera busca, es decir, se pone en camino.

Con un saludo muy afectuoso,

IGNACIO MARTIN-BARO

Leuven, 30 de octubre de 1968

Diario Regional

17 - Noviembre - 1968